

KATRINE ENGBERG

LA
ESTRATEGIA
DEL
COCODRILO

Traducción:

DANIEL SANCOSMED MASIÁ



MAEVA | NOIR

MIÉRCOLES,
8 DE AGOSTO

Prólogo

LA LUZ DE la mañana levantaba el polvo de las pesadas cortinas. Recostado en su silla, Gregers Hermansen observaba el baile de las partículas flotando por el salón. Le llevó tanto tiempo despertarse que apenas le salía a cuenta ponerse de pie. Puso las manos en el reposabrazos pulido por el uso y echó la cabeza hacia atrás, aflojó la mandíbula y cerró los ojos ante el centelleo de la luz antes de oír el ruido de la cafetera en la cocina.

Tras una pequeña cuenta atrás, se levantó, se puso las zapatillas y caminó con pasos cortos sobre el suelo de linóleo de la cocina. Siempre la misma ruta por delante del aparador de caoba y de la butaca verde hasta llegar, al fin, al dichoso agarradero que el cuidador había puesto en la pared el año anterior. «Gracias, me arreglo bien sin él», le había insistido, pero un poco sí ayudaba.

Sacó del depósito el filtro de café usado y lo tiró al cubo de la basura. Otra vez lleno. Gregers tomó la bolsa del soporte de plástico y, apoyándose en la mesa, se dirigió a la puerta de la cocina, que abrió con la mano que tenía libre. Al menos podía bajar él mismo su propia basura por la escalera de servicio. Miró de soslayo la colección de botellas que la vecina de arriba tenía en el descansillo. Esther de Laurenti. Putos borrachos. Organizaba, para sus amigos artistas, banquetes que se alargaban hasta el día siguiente. Pero era su casa, así que de nada servía quejarse.

Los escalones de madera cedieron y él se agarró con más fuerza a la barandilla. Quizá sería inteligente mudarse a un sitio

adaptado a sus necesidades, pero llevaba viviendo toda la vida en el centro de Copenhague y prefería correr riesgos con las escaleras empinadas a pudrirse en un asilo de las afueras. En el descansillo, soltó la bolsa y se apoyó en el marco de la puerta. Las dos jóvenes estudiantes que compartían el primer piso eran una fuente de irritación constante, pero también, muy en secreto, de una insolente nostalgia. Su sonrisa despreocupada despertaba en él recuerdos de noches de verano junto al canal y besos de enamorados. Por aquel entonces, todo era posible y la vida aún no pasaba de largo.

Cuando se hubo recuperado un poco, levantó la vista y vio que la puerta de las chicas estaba entreabierta. Un hilo de luz se colaba por el hueco de la puerta. Las chicas eran jóvenes y descuidadas, ¡pero no tan tontas como para dormir con la puerta abierta! Eran las seis y media de la mañana, era posible que acabaran de llegar de una noche de marcha, pero aun así.

—¿Hola...? ¿Hay alguien?

Con la punta de la zapatilla empujó despacio la puerta, que se abrió con facilidad. Gregers, inconscientemente, se echó un poco hacia atrás. Quizá incluso tendría que disculparse de mala gana por ser un viejo verde acechante. Quizá debería tirar de la puerta y bajar la basura antes de que se agriase el café caliente que tenía arriba.

Se agarró fuerte al quicio y se estiró hacia la puerta para coger la manilla, pero no midió bien la distancia. En un espantoso instante que se prolongó eternamente, como el tiempo desde que un caballo te da una coza hasta que llegas al suelo, empezó a comprender que no era lo suficientemente fuerte para soportar el peso de su cuerpo. Las zapatillas resbalaron sobre el suelo de madera y perdió el equilibrio. Peleó con todas sus fuerzas, pero cayó irremediabilmente en el piso de las chicas y aterrizó contra el suelo. No con estrépito, sino con el ruido seco y lastimoso del menguado cuerpo de un anciano en albornoz de terciopelo.

Gregers intentó respirar profundamente. ¿Se había roto la cadera? ¿Qué diría la gente? Por primera vez en muchos años, le entraron ganas de llorar. Apretó los ojos y esperó a que alguien lo encontrase.

El silencio se extendió de nuevo en la cocina. Se quedó esperando a oír gritos y pasos de alguien que acudiese en su ayuda, pero no sucedió nada. Cuando hubieron pasado un par de minutos, abrió los ojos e intentó orientarse. La bombilla que colgaba del techo lo cegaba. Divisó paredes blancas, una estantería con ollas y especias, y un montón de zapatos y botas a lo largo de la pared; él había caído sobre unos cuantos. Giró con cuidado la cabeza de lado a lado para comprobar si se había roto algo. No, parecía que todo estaba intacto. Apretó las manos. Sí, también reaccionaron. ¡Los zapatos de las narices! Intentó apartarlos para tener contacto con el suelo, pero no se movían.

Fijó la mirada en el desobediente calzado. La sensación de intranquilidad que sentía en el estómago creció hasta convertirse en una sofocante parálisis que se extendió por todo el cuerpo. Del zapato, medio metido bajo su vieja y dolorida cadera, salía una pierna desnuda que acababa en un cuerpo dislocado. Parecía una pierna de maniquí, pero Gregers notó una piel blanda contra la mano y entonces comprendió. Levantó la mano y vio sangre en la piel, en el suelo, en las paredes. Había sangre por todas partes.

El corazón le aleteaba como un periquito que quiere huir de su jaula. Estaba paralizado, el pánico rabiaba en su impotente cuerpo. «Ahora me muero yo», pensó. Quería gritar, pero la voz necesaria para hacerlo lo había abandonado hacía muchos años.

Entonces llegaron las lágrimas.

1

JEPPE KØRNER, INSPECTOR de la Policía de Copenhague, se echó agua en la cara y se miró en el espejo de la pared alicatada del baño. En uno de los espejos de los lavabos tenía forma cóncava; en otro, parecías exageradamente ancho. Siempre se le olvidaba qué efecto tenía cada espejo hasta que estaba lavándose las manos. Ese día había ido a parar al cóncavo, que le daba el aspecto de la figura de *El grito*, de Munch. Le sentaba bien.

Se le veía cansado y sabía que no se debía solo a las bombillas de bajo consumo de la sede central de la Policía. El pelo oxigenado y ridículo no ayudaba; no debería haberse dejado convencer por su amigo Johannes. «En la variedad está el gusto, ¡menuda chorrada!» Quizá debería rapárselo al cero. Así, al menos, parecería policía. Poli divorciado con una crisis vital, como en los libros. Un clásico. Y podría tener un bar fijo y un coche veloz, y pasear su dolor por el mundo como una marca en la frente, y quizá adquirir una bonita cicatriz: un corte con un cuchillo que hiciera juego con las heridas del interior.

Jeppé se secó las manos con una servilleta de papel rígido y miró alternativamente del espejo al cubo de basura, arrugó la servilleta y la tiró. El papel mojado cayó al suelo con un sonido débil. «Qué bien —pensó y se agachó para recogerlo con toda la agilidad que le permitió su dolorida espalda—. Soy una persona sin puntería y demasiado escrupulosa como para dejar la porquería en el suelo.» Abrió la puerta del baño y se dirigió por el

pasillo hacia la oficina mientras notaba el resquemor de la auto-crítica.

La sede central de la Policía de Copenhague se yergue imponente con su preciosa estructura neoclásica y triangular, cerca del siempre floreciente parque de atracciones Tivoli, y aporta autoridad a la zona. El exterior de la construcción es duro y desentona con su entorno, como un poderoso mazacote de color arena, seguro de sí, ejemplo de rectitud, libre pensamiento y estupidez en el centro de los países nórdicos, un contrapeso necesario al extendido porno gratis y al abuso de alcohol, que están en su punto álgido. En el interior, la columnata del famoso patio circular y la artesanía de estilo italiano del siglo XIX suavizan un poco su aspecto. El día a día de los policías está adornado con el suelo de mosaico y terrazo desgastado que se extiende bajo sus activos pasos y que recuerda a la época en la que el espacio de trabajo tenía que reflejar la rigidez policial. El Departamento de Crímenes contra la Vida, también llamado Homicidios, mantiene su forma sombría original, con techos abovedados y paredes de color rojo oscuro con apliques. El mobiliario moderno ofrece un aspecto descafeinado en contraste con la pintura desconchada de las paredes y da una impresión global de abandono y desproporción a partes iguales.

El despacho que Jeppe compartía con su colega, Anette Werner, no era una excepción: tristes muebles laminados y de haya chapada, sin más intención que infundir buen humor, algo que sí tenía Anette. Cuando entró, ella estaba en su silla echada hacia atrás, con los pies en la mesa y riéndose en alto de algo que sucedía en la pantalla de su móvil.

—¡Kørner, mira esto! No tiene precio.

Jeppe se detuvo en el vano de la puerta.

—Buenos días, Anette. Creía que hoy tenías curso.

—No vas a librarte de mí tan fácilmente. El curso de ADN empieza el miércoles que viene. Mira, un labrador gordo que

intenta atrapar una pelota, pero cae rodando por la cuesta y acaba en el agua —dijo al tiempo que ponía el vídeo desde el principio y le hacía un gesto para que se acercase, riéndose de nuevo.

Titubeó. Ocho años compartiendo despacho y, sorprendentemente, habían trabajado juntos en pocos casos. A pesar de ello, por regla general los dos acababan en el mismo grupo cuando la comisaria asignaba los casos pendientes. Al parecer, juntos podían con cualquier cosa, aunque a ellos mismos les costara percibirlo. Solo oír sus apellidos a la vez cuando tenían que presentarse ante testigos y familiares irritaba profundamente a Jeppe.

Pensaba que Anette tenía algo de buldócer; ella lo llamaba finolis y pedorro. En los días buenos, se picaban mutuamente como un viejo matrimonio; en los días malos, lo único que quería era tirarla al mar.

Aquel era un día malo.

—Paso, gracias. El humor animal nunca me ha parecido gran cosa.

Jeppe se sentó en su lado del escritorio doble e ignoró a su colega, que lo miraba poniendo los ojos en blanco mientras encendía el ordenador y sacaba el móvil del bolsillo del anorak. Vio que su madre lo había llamado y enseguida dejó el teléfono lejos y boca abajo. Desde que su padre murió el año anterior y tras su reciente naufragio matrimonial, su madre se había vuelto preguntona, cosa que nunca había sido. Le costaba decirle que esa insistente preocupación no le resultaba de ayuda.

Anette soltó una nueva carcajada al otro lado de la mesa y se secó los ojos con las mangas. Jeppe suspiró de forma provocadora. Se había imaginado un día solo en la oficina, un día en el que podría ponerse con el montón de papeles tranquilamente, sin la estrepitosa presencia de Anette pegada a la oreja.

Otra efusiva carcajada rasgó el aire e hizo que el escritorio temblase. Jeppe estaba a punto de empezar a protestar cuando

la puerta del despacho se abrió de golpe. La comisaria estaba ahí, con el abrigo puesto. Era una señora mayor con un rostro amable que traslucía su profesionalidad y daba idea de su autoridad, y que en ese momento mostraba una profunda arruga de preocupación sobre los ojos marrones que hizo que Anette interrumpiera su ataque de risa y bajase los pies de la mesa. A pesar de que tras la reforma de la Policía, la jerarquía era relativamente plana y la mayoría de los inspectores tenían el título de «asistentes de policía» y en principio eran todos iguales, el discreto poder de la comisaria estaba fuera de toda discusión.

—Hemos hallado un cadáver, una chica joven. Klosterstræde, 12, indicios de asesinato. Acaba de llamar el inspector jefe de la central. No tiene buena pinta.

Jeppe se levantó. Tendría que haber sabido que sería un día así.

—¿Forense?

—Nyboe en persona, está de camino. También van para allá los de la Científica.

—¿Hay testigos? —preguntó Anette, poniéndose de pie.

La comisaria la miró sorprendida; hasta el momento no se había percatado de que estuviera ahí.

—Werner, creía que hoy tenías curso. Bueno, excelente, así vais juntos. Kørner, voy a montar un equipo; estás al frente de la investigación.

Jeppe asintió con una convicción que no sentía. No había liderado un grupo desde que volvió tras la baja por enfermedad.

—El hombre que encontró el cadáver está en el hospital, pero hay una vecina en la propiedad, una tal Esther de Laurenti. Empezad con ella y así los técnicos pueden ir analizando la escena del crimen mientras tanto.

—¿DeLorean? ¿Como el coche?

Anette eructó discretamente y expulsó el aire por la comisura de los labios.

Jeppe fue al rincón, abrió un armario y cogió su arma reglamentaria, una Heckler & Koch. Mientras se la ajustaba en la cartuchera, oyó el suspiro de la comisaria tras de sí.

—Sí, Werner, como el coche. Exactamente igual.

ESTHER DE LAURENTI alargó la mano buscando el despertador e intentó detener ese infierno que amenazaba con machacarle la cabeza. El paso del sueño a la realidad era como una nebulosa y no identificó el sonido del timbre hasta que sonó tres veces. Sus dos carlinos, *Epistème* y *Dóxa*, ladraban histéricos y ansiosos por proteger su territorio. Se había quedado dormida sobre la manta de la cama y tenía unas profundas marcas de las almohadas en la cara. Desde que se jubiló aproximadamente un año antes, tras trabajar en la Universidad de Copenhague, dejó que su noctámbula interior saliera a flote y rara vez se levantaba antes de las diez. El antiguo reloj de su madre, con una pareja de pastores, marcaba las 8:35. Si el que llamaba era el maldito cartero, le tiraría algo que pesase. Los pastores, por ejemplo.

Se envolvió en la manta y se dirigió a la puerta principal con un intenso dolor de cabeza. ¿Se había bebido la noche anterior todo el tetrabrik de tinto? En todo caso, habían sido más que los dos vasos de vino que se permitía cuando estaba escribiendo. Miró de reojo los montones del manuscrito impreso y sintió el eterno debate del escritor entre la nostalgia y el rechazo por el trabajo. El cuerpo le dolía y resultaba más que evidente durante su rutina matutina: estiramientos, ejercicios de respiración y copos de avena con pasas. Quizá un ibuprofeno. Sacudió el cerebro para ponerlo en su sitio y miró por la mirilla.

En el descansillo había un hombre y una mujer a los que Esther no conocía, pero le costaba recordar a los cientos de alumnos que habían pasado por las aulas de enseñanza en sus treinta y nueve años de docencia. Además, estaba convencida de que

esas dos personas no eran antiguos estudiantes de Literatura; no parecían intelectuales. La mujer era baja y de hombros anchos con una diminuta chaqueta de chándal de poliéster y labios delgados pintados de rosa. Tenía el pelo rubio recogido en una coleta y una piel que parecía un tanto ajada por el sol. El hombre era delgado, con el pelo llamativamente dorado y podría haber resultado atractivo de no haber sido por la palidez y la cara de tristeza. ¿Mormones? ¿Testigos de Jehová?

Abrió la puerta y *Epistéme* y *Dóxa* se pusieron a ladrar detrás de ella.

—¡Espero que tengáis el mejor motivo del mundo para haberme despertado!

Si se sintieron ofendidos por el recibimiento, no lo demostraron de ninguna manera. El hombre la miró serio.

—¿Esther de Laurenti? Somos de la Policía de Copenhague. Me llamo Jeppe Kørner y ella es mi colega, Anette Werner. Me temo que tenemos una mala noticia.

Una mala noticia. A Esther le dio un vuelco el estómago. Se echó a un lado para que los agentes pudieran pasar. Los perros percibieron de inmediato el cambio de voz y la siguieron despacio con un gimoteo de desilusión.

—Pasen —dijo con voz empañada mientras se sentaba en el sofá y los invitaba a hacer lo mismo—. Siéntense.

—Gracias —contestó el hombre, dibujando un arco desconfiado alrededor de los perrillos para sentarse en el borde de la butaca. La mujer se quedó de pie junto a la puerta, mirando con curiosidad el salón.

—Hace una hora el propietario de la cafetería de abajo encontró a su vecino Gregers Hermansen en pleno ataque cardíaco. Lo han llevado al hospital y lo están tratando. Por suerte, lo han atajado a tiempo y, hasta donde sabemos, está estable. Cayó al suelo en el apartamento del primer piso.

Esther cogió la jarra del café del día anterior y volvió a dejarla.

—Se veía venir, Gregers llevaba mucho tiempo mal. ¿Qué hacía donde las chicas?

—Mire, en realidad esperábamos que pudiese ayudarnos a arrojar algo de luz sobre el tema.

El policía juntó las manos en el regazo y la miró de un modo neutral.

—Dígame, ¿desde cuándo viene la policía porque un señor mayor ha sufrido un ataque al corazón?

Los policías intercambiaron una mirada que costaba interpretar. El hombre apartó con cuidado una pila de libros y se acomodó en el asiento.

—¿Oyó algo inusual ayer por la tarde o por la noche, señora De Laurenti?

Esther negó con la cabeza. Para empezar, no le gustó que la llamase «señora», y, después, no había oído nada que no hubiera sido la cinta de meditación con sonidos de ballenas que era su somnífero cuando el vino no alcanzaba.

—¿A qué hora se fue a la cama ayer? ¿Ha habido alguna actividad inusual en la casa en los últimos días? Cualquier cosa que recuerde —insistió con la mirada tranquila e intensa.

Esther cruzó los brazos.

—¡Me sacan de la cama sin que me haya puesto los putos zapatos! Estoy aquí en pijama y no he hecho café. ¡Quiero saber de qué va todo esto antes de responder a nada! —exclamó presionando los labios.

Jeppe vaciló un momento y luego asintió.

—A primera hora de la mañana, Gregers Hermansen encontró el cadáver de una mujer joven en la cocina del apartamento del primer piso. Todavía estamos identificando a la víctima y determinando la causa de la muerte, pero sabemos que se trata de un asesinato. Su vecino ha sufrido un *shock* grave y aún no puede comunicarse con nosotros. Necesitamos que nos cuente

todo lo que sepa sobre los vecinos del inmueble y si ha pasado algo en la escalera en el último par de días.

Esther notó una sensación nerviosa que empezó a subirle desde abajo, por los tobillos, los muslos, la pelvis y el pecho, hasta que le costó trabajo respirar. El escalofrío hizo que se le erizara el vello de la nuca y hasta el cuero cabelludo.

—¿Quién es? ¿Una de las chicas? No puede ser verdad. Nadie se muere en mi casa.

Ella misma oía cómo sonaba: infantil y fuera de control. Sintió que el suelo cedía bajo sus pies y se agarró al reposabrazos para no caerse.

El policía se levantó y la agarró por el brazo.

—¿A que no era una buena idea lo del café, señora De Laurenti?

2

JEPPE KØRNER MIRÓ la fina asa, que desapareció entre las yemas de sus dedos. Esther de Laurenti se había puesto un albornoz y había hecho café, y estaban sentados en las sillas acolchadas esperando a que ella volviera a tomar asiento. El salón estaba lleno de colores, figuritas y desorden, y Jeppe se sentía incómodo en el caos femenino. Le recordaba al piso de su madre, donde intelecto y espíritu lo llenaban todo y la comodidad brillaba por su ausencia. Las paredes estaban cubiertas por estanterías que iban del suelo al techo, con libros de todas las clases: lomos de cuero descoloridos, de bolsillo y de los que se usaban para decorar las mesas de centro. Figuras de madera y cosas polvorientas de todas las partes del mundo llenaban cada espacio libre de las repisas y las paredes, y había montones de papeles de escritura apretada con rayas rojas en cada superficie horizontal.

Desde la calle llegaba el ruido de los primeros equipos de noticias, que se habían reunido ante la fachada ocre. La prensa no podía descifrar la señal encriptada de la radio policial, pero en su lugar observaban las insistentes sirenas y las actualizaciones en las redes sociales. Nunca pasaba mucho tiempo hasta que alguien escribía, tuiteaba, mensajeaba o etiquetaba la presencia policial, y los periodistas, por norma general, llegaban apenas dos minutos después que los primeros coches patrulla. Las agencias ya contaban noticias frescas ante las cámaras, con gran

seriedad, mientras enfocaban los rostros de la gente y el hormigueo de los peritos de criminalística.

Esther de Laurenti carraspeó escrutadora.

—Soy la dueña de la propiedad, vivo aquí, en el último piso, y alquilo el resto del edificio. Gregers lleva veinte años viviendo en el piso de abajo, desde que se separó. La tienda de la planta baja cambia de inquilino cada dos años. Actualmente, como saben, hay una cafetería. La llevan dos simpáticos jovencitos...

Las palabras le salían con calma, pero la mirada errante era el testimonio de una persona en *shock*.

—Caroline llevaba año y medio en el primer piso —continuó—. Conozco a sus padres de toda la vida, de antes de que se mudasen al oeste. Formábamos una especie de club artístico.

Hablaba con una dicción clara y frases elegantes que contrastaban con las palabrotas que colaba de vez en cuando. Mitad actriz de teatro, mitad marinera.

—Julie se mudó en primavera. Son viejas amigas, se conocen del colegio. Eran buenas chicas —prosiguió Esther con la mirada fija en un jarrón con dibujos de flores—. ¿Cuál de las dos es?

—Todavía no hay identificación. —Jeppe hizo ruido con los pies contra el suelo buscando concentración y alivio para el dolor de espalda—. Por desgracia, aún es pronto para saber la causa de la muerte.

Esther miró al vacío. Su rostro luminoso estaba desnudo y las muchas arruguitas que tenía alrededor de los ojos y en el cuello fortalecieron su expresión de resignación. Anette se había puesto en cuclillas y estaba rascándole la piel dorada de la tripa a uno de los perros, que gruñía satisfecho.

—¿Ha ocurrido últimamente algo fuera de lo corriente en el edificio? Cualquier cosa. ¿Gente nueva que haya empezado a venir al piso de las chicas, alboroto en la calle, riñas? —preguntó Jeppe.

—¡Qué rara suena esa pregunta en la vida real! Me siento como si estuviera en medio de una novela policíaca —dijo Esther mientras miraba hacia el jarrón.

El carlino se cansó de Anette y se fue con pasos cortos hacia su cesta, arañando el parqué con las garras.

—No estábamos pegadas como lapas —aclaró por fin Esther—. Julie y Caroline son chicas jóvenes con una vida ajetreteada. Suele haber música alta y jaleo por la noche, pero también sucede de vez en cuando en mi casa. Pobre Gregers, que tiene que soportarnos. Aunque está un poco sordo.

Esther se puso a divagar. Jeppe le dio espacio y maldijo en silencio el irritante sonido que hacía Anette con los dedos a causa de los nervios.

—Caroline tiene un novio o como narices se diga ahora. Se llama... ¡Daniel! Daniel Fusing, un chaval joven, amable; también viene de la región de Herning, pero hace mucho que no lo veo. Parece que Julie está... soltera —dijo saboreando la palabra, como si esta tuviera una superficie rugosa y se sintiera extraña en la boca.

Jeppe tomaba notas en su libreta. En la calle empezó a sonar la alarma de un coche y Anette exhaló un perceptible suspiro desde su sitio en la puerta. Había una buena razón para que su compañero prefiriera hacer el interrogatorio cuando trabajaban juntos: Anette no era conocida precisamente por su diplomacia.

—Por lo visto, Caroline se fue la semana pasada a Suecia con una amiga a montar en canoa —prosiguió Esther—. Creo que aún no ha vuelto a Copenhague. A Julie la vi anteayer. Se pasó por la noche a pedir un fusible. Estaba como es ella, alegre y sonriente. ¡Oh, no, no es posible que estemos teniendo esta conversación!

Jeppe asintió. Los *shocks* dan, automáticamente, una sensación de irrealidad.

—¡No me lo puedo creer! ¿No puede ser una amiga? —Empezaba a sonar desesperada.

—Lamentablemente, aún no sabemos nada —respondió el investigador encogiéndose de hombros—. ¿Tiene los números de teléfono de las chicas?

—En la nevera hay una nota, pueden cogerla.

—Gracias, señora De Laurenti, será de gran ayuda. —Jeppe se levantó dando así por concluida la visita. Anette ya estaba cogiendo el papel con los teléfonos, que estaba sujeto con un imán con forma de carlino. Jeppe oyó que algo caía al suelo, seguido de una irritada queja.

—Probablemente tengamos que volver a hablar con usted. ¿Podemos verla por la tarde? —preguntó mientras intentaba abrirse paso rodeando la mesa de cristal repleta de cosas y tratando de no tirar papeles o tazas al suelo.

—Debería ir al hospital a visitar a Gregers, pero no tengo pensado hacer nada más. Soy escritora... o, mejor dicho, lo intento, así que trabajo en casa —explicó Esther tocando el medallón de oro que llevaba al cuello, como si pudiera protegerla.

—Mandaremos a un técnico para buscar huellas en la escalera y en su puerta. También le tomará las huellas a usted, si no le supone ningún inconveniente. Para descartar.

Ella asintió.

Cuando Jeppe se dio cuenta de que no tenía pensado acompañarlos a la puerta, se retiró hacia el recibidor, donde ya estaba Anette con una mano en el pomo. Se despidieron de la señora menuda del sofá con una punzada de insatisfacción. Esther de Laurenti parecía necesitada de un abrazo.

EN EL DESCANSILLO, Anette no pudo reprimir una profunda queja.

—¡Ay, Dios me libre de las viejas solitarias y sus adornitos!

Había algo de la fachada de aquella mujer que la repelía. Quizá fuera porque, en realidad, Anette quería vivir así: sola con sus perros y un montón de cosas, si no fuera por Svend. Querido Svend, su estupendo marido durante casi veinticinco años, que aparentemente la amaba tal y como era y no parecía cansarse de ella.

—¿Sería mejor si estuviera sola, sin las figuritas? —dijo Jeppe tras cerrar la puerta.

—¡Por supuesto! Lo mínimo que puedes hacer cuando has decidido vivir sola y ser rara es ser ordenada —respondió Anette con una sonrisa torcida para suavizar su afirmación—. Es en el primer piso, ¿verdad?

Se dispusieron a bajar por las escaleras. Jeppe sacó un paquete de toallitas húmedas del bolsillo y se las acercó. Una de las muchas características irritantes de Jeppe era la antipatía hacia los perros, una cualidad que a Anette, dueña de varios, le costaba entender. Para ella, la convivencia con animales lo significaba todo y así había sido desde que iba en bicicleta de pequeña desde su casa de Karlslunde hasta una granja cercana, donde podía acariciar a las vacas, los gatos y los conejos enjaulados. Que alguien no quisiera tener animales domésticos le parecía un serio defecto.

Miró a Jeppe con una ceja levantada y sacudió la cabeza, resignada. Él volvió a acercarle las toallitas.

—¿Te das cuenta de cuántos parásitos y bacterias hay en la piel del mejor amigo del hombre? Por no hablar de que los perros se lamen las nalgas muchísimas veces por hora.

Anette se detuvo y se giró hacia su compañero.

—También está en el límite de ser enfermizo lo del miedo a las bacterias, Jeppe.

—Vamos a entrar en la escena del crimen. ¡Coge una!

Cogió una toallita y se la puso delante a Anette, que se la quitó de la mano y siguió bajando las escaleras lanzando un suspiro.

—Estás como una cabra, Jeppe Kørner, lo sabes, ¿no? Y, por cierto, a lo de los perros también se le llama agujero del culo.

Anette se limpió las manos y, negando con la cabeza, se guardó la toallita enrollada en el bolsillo. Con los dedos libres de bacterias, levantó el precinto de seguridad y abrió la puerta del apartamento del primer piso diciendo «¿qué pasa, cabrones, cómo lo lleváis?».

—Hombre, Werner, ¿has traído panecillos? —dijo alguien alegremente desde dentro del piso.

Se puso las calzas azules y los guantes de látex. La escena del crimen era su territorio, uno de los lugares donde nunca se sentía torpe. Le lanzó un juego de guantes y otro de calzas a Jeppe y entró.

Antes de atravesar la puerta ya empezaba todo. Las paredes y el suelo estaban llenos de salpicaduras de sangre marcadas con flechas blancas sobre pegatinas negras que indicaban la dirección. En una puerta, el fotógrafo de la policía tomaba fotos de un montón de ropa ensangrentada. Anette inhaló el cálido olor metálico e intentó respirar por la boca. Empezó a latirle con fuerza renovada la vena que tenía encima del ojo derecho. Eran solo los primeros minutos, luego se acostumbraba.

Alguien que bajaba por las escaleras con un pastor alemán pasó a su lado. Resistió el impulso de darle una palmadita al perro, aunque le costó. La patrulla canina había terminado y tenían que ir al patio y a la calle a buscar cualquier pista humana que pudiera llevarlos al autor del crimen.

El recibidor se abría después a una habitación que parecía cumplir varias funciones. Había una gran mesa de madera con sillas plegables alrededor, un sofá, una vieja maleta de viaje utilizada como mesa de centro y un ordenador portátil abierto en la esquina del escritorio. A pesar de la tibia mañana veraniega, las tres ventanas que daban a Klosterstræde estaban herméticamente cerradas. El aire era pesado y cortante por el olor a sangre.

Un perito en dactiloscopia, como insistían los expertos en huellas dactilares en que se los llamase, empolvaba de rodillas los paneles con su traje de papel blanco. Anette miró hacia el pincel.

—¿Hay ralladuras?

El perito, aún arrodillado, se echó hacia atrás sin responder. Era uno de los civiles expertos en huellas ligado al Instituto Anatómico Forense y Anette no lo conocía mucho. Normalmente, no mandaban a los civiles a los casos de asesinato, pero en las épocas de vacaciones las reglas se relajaban.

—¿Qué pasa, campeón? ¿Alguna pista? —dijo levantando la voz.

El técnico alzó la vista, visiblemente irritado por la interrupción.

—Huellas en botellas y vasos, en algunos papeles y en el teclado del ordenador. Muchas buenas alrededor del cuerpo, pero aquí llevaban mucho sin hacer limpieza, así que pueden ser de hace tiempo.

Volvió a agacharse sobre el panel, presionó con fuerza lo que parecía una pegatina, tiró de ella y la puso en una bandejita transparente. El ritmo era de caracol, casi meditativo.

Anette se separó y continuó hacia el salón. Junto a una alfombra estaba Clausen, el investigador de la Científica por excelencia, en cuclillas, espolvoreándola con un líquido claro. Aparecieron claramente un montón de manchas de sangre, casi moradas, y comenzó a reunir pruebas con palillos de algodón que colocó con cuidado en bolsas individuales marrones.

Clausen era un hombre bajo, ágil, que rozaba los sesenta años y llevaba casi diez como jefe del Instituto. Había participado en el esclarecimiento del caso de la banda que asesinó policías en los años ochenta, había reunido pistas en las fosas comunes de Kosovo y había estado en Tailandia después del tsunami. A pesar de su apariencia de timidez, iba por el cuarto matrimonio,

con una, según decían, bellísima violinista de la Orquesta Real, y al verlo en acción se entendía por qué. Normalmente, su rostro se iluminaba al sonreír con unas animadas arrugas, ya que Clausen era un hombre que atajaba las monstruosidades de su trabajo aplicando un indomable buen humor. Pero ese día no sonreía.

—Hola, Werner, me alegro de verte. Intenta no tocar nada. El piso está lleno de sangre y nos llevará mucho tiempo reunir pistas. Al menos no hay ninguna duda de que el lugar donde se encontró el cadáver es la escena del crimen. —Clausen cortó cuidadosamente con un cúter una fibra de la alfombra con sangre y la puso en una bolsa marrón—. Va a ser un circo catalogar todo esto cuando lleguemos al laboratorio, vamos a tardar varios días. Solo con las salpicaduras de sangre tenemos ya más de sesenta efectos.

—¡No jodas! —Anette oyó su voz desproporcionadamente alta respecto al ambiente tenso que había en el piso y bajó el volumen—. ¿Tenemos el arma homicida?

—Quizá —respondió Clausen—. Todavía no sabemos con certeza la causa de la muerte, pero se usó un cuchillo y tenemos una buena muestra. La apuñalaron con una hoja afilada y estrecha que a primera vista cuadra con esto. —Clausen levantó despacio una navaja brillante en una bolsa y se la mostró a Anette.

—¿Está limpia? Parece nueva.

—Sí, el asesino la limpió a conciencia, quizá la lavó, pero aquí ha habido sangre. Permíteme que te la enseñe. —Clausen sacó de su ordenado maletín una bolsa esterilizada que contenía un bastoncillo de algodón y frotó la hoja de la navaja con una almohadilla amarilla. Se volvió verde al instante—. Reacciona al contacto con los glóbulos rojos —explicó.

—¿Y por qué no es nuestra arma? —preguntó Anette mientras se agachaba para ver el cuchillo más de cerca.

—Tampoco he dicho que no lo sea, pero los forenses nos han pedido que busquemos un objeto pesado y de punta redonda. Por el momento, no hemos encontrado pistas en el piso.

—A propósito de pistas, le hemos dicho a la vecina de arriba que luego irá alguien a tomarle las huellas.

—Vale, puedo mandar a Bovin.

—¿El civil?! —exclamó escéptica Anette mirando de reojo la figura del panel.

Clausen se quitó los guantes de látex y sacó un pañuelo del bolsillo para secarse el sudor de la frente.

—Si tienes alguna queja, llama al Congreso y pídeles una reglamentación mejor. Hasta entonces, creo que tienes que ocuparte de tu trabajo y nosotros del nuestro. —Se puso de pie para que sus ojos estuvieran a la altura de la barbilla de Anette.

—Perdone usted, Clausen —dijo ella mientras hacía gestos con las manos.

Él asintió condescendiente y volvió a ponerse de rodillas con los bastoncillos de algodón listos. Anette siguió recorriendo el apartamento pensando en lo irritados que estaban todos. Sería por el calor.

EN LA COCINA se encontraba el patólogo forense Nyboe. Jeppe lo saludó alzando la cabeza y él le devolvió un lúgubre gesto. El cadáver tenía la cabeza pegada a la pared, solitario, como un objeto perdido en una alfombra multicolor. Llevaba vaqueros rotos y un sujetador blanco, playeras y tenía los brazos desnudos. El largo cabello rubio dividido en mechones viscosos formaba un halo dorado sobre su cabeza, como un sol dibujado por un niño.

De pronto, el aire se volvió asfixiante. Jeppe se puso de pie apoyándose en la pared, miró al suelo e intentó hacer que pensaba. Solo un momento, tomar aire hasta que se le pasara la indisposición y el corazón se le calmase; no oír el ritmo vertiginoso del pulso, no tenerle miedo al miedo.

Diez años en Homicidios le habían enseñado a manipular cuerpos mutilados, pero nunca estaba relajado en las escenas de

los crímenes. Quizá se debiera a la sensibilidad que se le instala a uno en la cabeza cuando se hace mayor, la conciencia de la muerte como condición de base, o a lo mejor simplemente fuera el cóctel de pastillas que se había tomado de camino en el coche para quitarse los dolores de espalda. Los doctores habían descartado que tuviera una hernia discal y le habían insinuado que sus dolores eran psicossomáticos, pero ¿qué sabían ellos?

Se apartó de la pared y se acercó al cadáver. En el instante en que morimos, nos convertimos en el trabajo de alguien. La escena de un crimen recuerda de alguna manera a una pieza teatral, una red de acuerdos que, en conjunto, conforman el todo en las réplicas y al dar el pie. Jeppe guardaba en total secreto una vergonzosa predilección por la dinámica de la escena del crimen y el ritmo cómplice. Pero aquello era distinto. Peor. ¿Quién era esa joven a la que en ese momento estaban guardando en una bolsa? ¿Por qué justo a ella le habían impedido casarse y tener hijos?

Pensó con disgusto en la familia a la que tendría que informar cuando la identificaran. El miedo que siempre se les encendía en los ojos cuando se presentaba, la esperanza, que venía justo después, y, cuando se demostraba que se trataba de alguien muy cercano, los llantos, los gritos o, aún peor, la calmada resignación. Nunca se había sentido cómodo con esa parte del trabajo.

Jeppe se puso en cuclillas al lado del forense.

—Hola, Nyboe, ¿qué tenemos?

Nyboe era un señor maduro, distinguido, que hablaba con la conformidad amable de los médicos, como para asegurarse de que los profanos, después de un par de frases, no entendieran nada. Era forense del Estado, muy respetado, pero a Jeppe no le caía especialmente bien y tenía la sensación de que el sentimiento era recíproco.

—Esto va mal —dijo Nyboe sin que, por una vez, pareciera estar subido a un pedestal—. La víctima es una mujer de

veintipocos años, presenta muchos signos de violencia, diferentes cortes profundos y lesiones en la cabeza a consecuencia de un golpe con algo pesado. La temperatura del oído era de veintiocho grados y el *rigor mortis* estaba avanzado cuando llegué hace una hora, así que la muerte probablemente se ha producido entre las diez de la noche de ayer y las cuatro de la madrugada de hoy. Pero, como ya sabes, aún no puedo decir nada con seguridad. Ningún signo evidente de abuso sexual. Los cortes en las manos y los brazos indican que se defendió, pero he encontrado también algunos... eeh, cortes causados cuando estaba viva.

—¿Estás diciendo que le hicieron cortes antes de morir?

Nyboe asintió serio.

Se hizo el silencio entre ellos. Estaba claro lo que aquello significaría cuando la prensa se enterara y el sentimiento de pánico se extendiera, por no hablar de la reacción de los pobres parientes.

—El rostro está muy deteriorado, pero por fortuna tiene un par de tatuajes que ayudarán a identificarla. Sí, lo siguiente que tienes que ver es el dibujo.

—¿El dibujo? —La mirada de Jeppe se cruzó con la de Nyboe.

—El asesino también le ha rajado el rostro. No soy experto en arte, pero a mí me parece una especie de recortable —dijo el patólogo cansado y suspirando.

—¿Recortable? ¿Qué quiere decir eso? —preguntó Kørner frunciendo el ceño.

Nyboe agarró la barbilla del cadáver y giró lentamente el rostro ensangrentado hacia la nítida luz de la cocina.

—Parece que nuestro asesino nos ha tallado una manualidad. Lo que Jeppe esperaba: que el día fuera de mal en peor.